

todo quedó cristiano. La *unidad indisoluble* del catolicismo, como un vínculo augusto, había reunido mas de veinte pueblos bárbaros bajo el mismo estandarte: su tolerancia había hecho que se reclamaran su proteccion y apoyo como un favor especial. La identidad de la fé fijaba *invariablemente* todas las creencias, y su noble é incesante emulacion *al progreso* había ecsaltado la sensibilidad y la energía. ¿Quién dejará de conocerle? ¿Y quién conociéndole podrá no amarle?

No temamos esponer esta doctrina firme y decidida á la superfetacion de nuestro siglo. Reanimemos esta sociedad enferma con la única doctrina que puede restituir á sus venas el calor y la vida: esta doctrina es la santa palabra antigua é inmutable, enseñada por el órgano de la Iglesia. Ella sola es la luz que disipa las tinieblas, y la fuerza que vence todos los obstáculos.

CAPITULO VI.

ESTUDIOS HISTORICOS DEL CATOLICISMO DESDE EL SIGLO DECIMO TERCERO HASTA AGOSTO DE 1842.

Es uno y á pesar de eso tolerante: invariable y sin embargo favorable al progreso.

El cristianismo es el principio de la unidad en la civilizacion anterior á la Europa moderna.—De la sociedad europea.—Esposicion filosófica de la doctrina católica.—Preséntase en este pe-

riodo bajo la forma de evidencia racional—Enumeracion de los principales acontecimientos políticos.—Juicio de las cuatro últimas cruzadas.—La manifestacion del movimiento racional pasa la linea de la ortodoxia.—Cismas y heregias del siglo décimo tercero.—De la inquisicion.—Pugna entre las dos potestades.—Reinado de Felipe el Hermoso y pontificado de Bonifacio VIII.—Concilio de Viena que termina las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara.—Abolicion del orden de los templarios.—Condenacion de diferentes novadores y reunion de los griegos y latinos.—Progreso científico, industrial y artístico protegido por el catolicismo.—Grandes hombres de la época.—Reforma de las costumbres públicas.—Palabras notables del señor Royer Coyard.—Señal de la reforma de Lutero.—De su verdadera causa.—Juicio del señor Guizot sobre esta materia.—Tolerancia del Papa para con Lutero.—Sus opiniones religiosas.—Sus principales discípulos.—Calvino.—Concilio de Trento.—Guerras de religion.—Poderosos motivos para vivir en paz aun los que profesan cultos diferentes.—Progreso intelectual y social en el siglo XVI favorecido por el catolicismo.—Resultado de las luchas religiosas para la razon.—Indicios de la revolucion de 1789.—Su verdadera causa.—Testimonio del señor Thiers en favor de la tolerancia del clero.—De la inviolable adhesion del clero á la uni-

dad con motivo de la constitucion civil y bajo el directorio.—Condenacion de la constitucion civil.—De las diferencias entre Napoleon y Pio VII.—Testimonio patente de unidad de parte de los obispos de Francia en el Concilio de Paris de 1811.—Estado del catolicismo en tiempo de la rama primogénita de los Borbones, durante los reinados de Luis XVIII y Carlos X.—Causa de la caida del trono.—Revolucion de 1830.—De sus primeras consecuencias.—Estado del catolicismo bajo el reinado de Luis Felipe I.—Novadores del siglo XIX.—Documentos justificativos de la unidad y de la tolerancia del catolicismo.—De su impulso al progreso.—Motivos de fusion entre los hombres de cualquier opinion y partido que sean.

Sorprende la unidad que se observa en la civilizacion de los pueblos desde el Calvario hasta la de la Europa moderna. Su principio se halla en el seno del cristianismo, que reunió las diversas formas bajo que se presentó aquella. Los griegos y despues los romanos trajeron con sus armas la civilizacion á las Galias medio salvages. Los bárbaros vinieron á establecer su gerarquía militar: se formó el sistema social; y el catolicismo dió á esta sociedad la forma y la vida. Las notables páginas de la historia de la civilizacion en Europa dan fé de ello. “La presencia de una influencia moral, el sosten de una ley divina y la separacion del po-

der temporal y del poder espiritual son los tres grandes beneficios que la Iglesia cristiana derramó sobre el mundo europeo en el siglo V.” Posteriormente á esta época si al parecer se concentraron aquellos dos poderes en la mano de los Pontífices, ya hemos explicado las causas. Con todo, no tardó en dividirse la autoridad entre el gefe feudal y los gefes secundarios llamados vasallos, que se la disputaron á poco. Se habia introducido la anarquía feudal. Entre tanto, el catolicismo no habia detenido su marcha civilizadora. En efecto, de su seno salió la sociedad moderna europea; pero no podia permanecer en la debilidad intelectual de su infancia.

Despues del descanso del siglo X, la razon se puso en marcha para llegar al conocimiento de las causas y de los efectos, de los principios y de las consecuencias, de los seres y de las formas. A los siglos de establecimiento y consolidacion de la doctrina teológica, sucedió su incremento filosófico. Como la edad media habia mezclado las instituciones civiles y eclesiásticas por la grande accion social que en ella se habia efectuado, para sacar de la íntima union de aquellas la constitucion cristiana de la sociedad; la época del raciocinio vino á aprocsimar, á unir las ideas naturales y las verdades de la fé, para que de ahí brotara la ciencia ó la filosofia cristiana. Presentóse, pues, la doctrina católica bajo la forma de la evidencia racional. La razon quiso explicar la fé.

Hemos llegado al periodo mas curioso, como tambien mas importante, del grande acto intelectual, social y cristiano que está lleno de gravísimos acontecimientos. Hombres y cosas, todo se acelera asombrosamente. El despertamiento de la razon suscita cada dia una doctrina nueva: las conmociones políticas tal vez mas borrascosas en todos los anales de los pueblos suceden á la revolucion religiosa mas grande. El genio de la filosofia se fija sobre el mundo del pensamiento, enarbola su estandarte, y señala sus conquistas. Las pasiones de una multitud amotinada derraman la sangre de los reyes, y la anarquía se ve obligada á doblegarse al brazo de hierro que la subyuga. El hombre grande restablece el equilibrio en la balanza del destino europeo. Cae el coloso, y la Francia logra ver otra vez á sus antiguos reyes. A las suaves emociones de la mas pura alegría, suceden por un momento las angustias del temor: digno, segun las apariencias, de mejor suerte aquel de quien puede decirse como de Alejandro: *Siluit terra in conspectu ejus*, debia ir á espirar en el destierro. Al dejar su patria no se reservó mas que la esperanza: al dejar la vida solo conservó la gloria.

El regreso de los reyes de Francia restituye la paz y la abundancia: el trono se afirma: el pueblo de Paris se amotina: en tres dias se levanta un nuevo solio sobre las ruinas del antiguo. Amenazada la nacion en sus intereses mas preciosos, prevee

sus desgracias y tiembla; una mano poderosa encadena el genio de la rebelion; y mientras que la Francia fija dichosa sus miradas en un trono de verdad, ramage que crece en su suelo regado con tantos sudores, ve caer el apoyo de la nueva monarquía. Muere el duque de Orleans. ¡Cuán frágiles, y falaces son las esperanzas humanas! A Dios solo pertenecen la vida y la eternidad.

Por entre este estrépito general, en medio de esta escena tan variable, los hombres y las cosas aparecen y desaparecen, todas van y vienen. En medio de estos vientos desencadenados, de las tempestades que braman, de cetros rotos y de tronos que se hunden y se levantan, el catolicismo no ha cesado jamas de parecer *uno* y á pesar de eso *tolerante; invariable*, y sin embargo *favorable al progreso*.

Parecia que las cruzadas del siglo XII habian abierto los caminos del Oriente á la civilizacion cristiana, y el imperio de Constantinopla, adquirido por los franceses, era como un baluarte levantado sobre el Bósforo que sirviera de punto de reunion y de partida para las conquistas futuras. Cuatro cruzadas se llevan á cabo en el siglo XIII. Damietta es tomada, y Jerusalén cedida: Sidon y S. Juan de Acre son fortificados. Obligados los cruzados á abandonar las playas de Africa, no lo hicieron hasta despues de vencer á los moros, é imponer á Mohammed Munstanser un tratado favorable á los cristianos. Los que afirman que las cruza-

das fueron guerras de devocion, y nada mas, para los Papas, se engañan admirablemente: nosotros los exhortamos á que lean el discurso de Urbano II en el Concilio de Clermont, y que suban hasta la época de la batalla naval para siempre memorable de Lepanto, donde el vencedor no fué tanto D. Juan de Austria, cuanto el Papa Pio V, de quien decia Bacon: "Estraño que la Iglesia romana no haya canonizado aún á este grande hombre." Entonces se convencerán de que los Papas no dejaron de vigilar al mahometismo hasta que se durmió con un sueño letárgico. Entonces quizá mas que nunca pareció que la causa de la civilizacion era la del mismo Dios. Si se trataba de librar el único sepulcro que no tendrá que restituir nada al fin de los tiempos, tambien, se trataba de arrancar á los hijos de la fé de la mas dura esclavitud. Pero las conquistas del cristianismo debian hacerse con la palabra y no con la espada.

Las cruzadas del siglo anterior habian sido un preparativo para el periodo siguiente por medio de resultado políticos que facilitaban mas el movimiento regenerador y por medio de comunicaciones que traian focos de luz á Europa. En el siglo siguiente el conocimiento razonado que hacia pasar la doctrina al estado de ciencia, era sin duda el mas perfecto en sí mismo: pero la manifestacion de este movimiento racional traspasó la línea de la ortodoxia. La autoridad le detiene, y herido el amor propio de algunos, vuelve sus esfuer-

zos contra ella. "Hay voluntades é inteligencias, dice el señor Ozanam, que se complacen en una soledad soberbia, y que eludiendo las leyes comunes forman el cisma y la heregía." De mucho tiempo atras dominaba aquel en Oriente, y este mas variada en sus formas y menos circunscrita en su accion, aparecia en todos los puntos de la sociedad cristiana; pero ni se rompió la unidad del catolicismo, ni se entibió su amor á la tolerancia.

A principios del siglo XIII las tradiciones del maniqueismo, conservadas largo tiempo en algunas escuelas del Asia, y traidas á Europa á la vuelta de las primeras cruzadas, habian echado profundas raices en las montañas del Albigés. Habiendo crecido rápidamente, estendian sus ramas amenazadoras que ocultaban la verdad y abrigaban el crimen. El cuarto Concilio de Letran pronunció anatema contra la secta; pero los restos del error condenado continuaron esparcidos mucho tiempo, y recordaban la existencia de aquella. Entonces se vieron innumerables cuadrillas de sectarios armados de espadas para proclamar el estado de guerra, y de disciplinas para anunciar la penitencia: recorrian las ciudades y los campos con el nombre de pastorcillos y flagelantes. Introducian sus hábitos vagamundos en el órden de las ideas religiosas, y dogmatizaban contra Roma, contra la gerarquía ecleciástica, y contra toda la economía del catolicismo. De los restos de estas cuadrillas de frenéticos se formaron los *fatricelos*, que con

tan humilde nombre trataron de erigir entre sí una especie de Iglesia plebeya, y mas adelante coronaron sus doctrinas de la comunidad de bienes con el dogma de la comunidad de mugeres. Tres mil de estos sectarios discurrían por los valles de Piamonte bajo la conducta del monge Dulcino, hasta que sitiados por un ejército regular, tuvieron que rendirse á la fuerza y al hambre.

En estos últimos tiempos parece que han querido resucitar en la secta de los sansimonianos. Conocidos son generalmente los medios de seducción que ésta ha empleado: libros, periódicos escursiones llamadas apostólicas. Todo ha concluido con debates escandalosos, y los nuevos sectarios han desaparecido sin dejar en pos de sí otra cosa que la demostracion mas evidente de la inutilidad de los esfuerzos que sus padres habian hecho. Las opiniones de los *fatricelos* reproducidas en cierto modo por Arnaldo de Villanueva, debian ser aceptadas en lo sucesivo como patrimonio de Wiclef y Juan de Hus, precursores de Lutero. Al mismo tiempo una fracción del orden de S. Francisco, estraviada por el orgullo de la pobreza, y separándose de la ortodoxia con la denominacion de hermanos espirituales, fué á anunciar una nueva forma del cristianismo y el advenimiento de un Evangelio mas perfecto, salido de no sabemos qué mano desconocida. Así la misma época en que se veian secarse los últimos vástagos de los sistemas dualistas y místicos de las primeras edades, germina-

ban las primeras semillas de las doctrinas protestantes y racionalistas de los últimos tiempos. Tentados estamos por creer que Hermes y el señor Lherminier han ido á buscar sus inspiraciones en los libros de aquellos monges descalzos hostiles á su madre, que por ser vieja, no estaba entonces como tampoco hoy esenta de *manchas y de arrugas*.

Con todo, en medio de las manifestaciones perversas del pensamiento humano permanecian el dogma y la moral católica en la unidad, inmutables en sí mismos, aunque se esplicaban y aclaraban en las definiciones provocadas por la controversia. Cuatro Concilios ecuménicos, celebrados en menos de un siglo, fulminaron anatema contra los novadores, extendieron el círculo de la doctrina, y multiplicaron las aplicaciones de la legislacion religiosa. Su unidad se fortificó con la reunion de los griegos á la Iglesia romana, trayendo en pos de sí á los pueblos de la Bulgaria y de la Rusia, vasallos intelectuales de la civilizacion bizantina. Proclamóse entre los aplausos de todo el orbe católico en el segundo Concilio de Leon. Si trata uno de explicar las causas de estas agitaciones incesantes contra el catolicismo, se hallan en la libertad de la razon que fué el carácter propio de este periodo, en la autoridad de la Iglesia que contuvo en justos límites á la misma razon que orgullosa de sus primeros pasos se precipitó en la senda peligrosa de la emancipacion, y en la tendencia de los monarcas á apoderarse otra vez

del patronato que habian solido ejercer sobre el sacerdocio los teólogos coronados del bajo imperio. Algunos historiadores al llegar á esta época, han creído que tenian poderosos motivos para acusar al catolicismo de intolerancia manifiesta, y ha habido una complacencia en presentar los cuadros mas horribles de la inquisicion y de las encarnizadas contiendas entre los Papas y los príncipes. Nosotros preguntaremos á estos escritores si han juzgado siempre imparcialmente los hombres y las cosas. Consultemos los hechos, y no veremos otra cosa que la historia misma de la debilidad de nuestra razon y de sus tentativas tan orgullosas como temerarias de independecia.

Es verdad que la inquisicion nació en tiempo de Felipe Augusto de la guerra entre Raimundo VI y los principales gefes coligados contra él, Eudo, duque de Borgoña, Henrique, conde de Neverss, y Simon, conde de Montfort. No podemos menos de verter lágrimas por las desgracias que afligieron á Beziers y á Tolosa. Sin embargo, la inquisicion no pudo durar mucho en Francia, porque encontró una rival poderosa en la justicia de los parlamentos: propiamente no hizo mas que aparecer. Tal vez abandonó su mision primitiva y se deshonró poniéndose al servicio de las pasiones de los príncipes; pero con suma dificultad probarian nuestros contradictores que no se haya mostrado aquella siempre justa y muchas veces hasta misericordiosa bajo la mano de los Sumos Pontífices. No ejerció menos rigor

contra los perturbadores del sosiego moral de la cristiandad, que los magistrados contra los súbditos rebeldes de la provincia mas oscura (1). Si la mayor parte de los que leen las fastidiosas pinturas que de ellas se nos han trazado, se penetran de indignacion, es porque pueden muy bien haberse recargado las sombras en los cuadros que nos han quedado: ademas, estamos acostumbrados á juzgar de aquellos tiempos por los nuestros. Sucede con la inquisicion como con los hábitos de los religiosos, si nos parecen hoy tan extraordinarios, es porque datan de la época de la institucion de aquellos órdenes. Otros tiempos otras costumbres.

Se clama con vehemencia contra la intolerancia del catolicismo en el siglo XIII, y se disculpan todos los embates de que fué principalmente víctima el clero. Sin embargo, se le acometió de todas maneras, en su administracion y sus propiedades negando la legitimidad de sus derechos, en sus funciones combatiendo la necesidad de su mision, y en todo lo que tenia relacion con su ministerio. Los Papas habian sufrido con paciencia durante tres siglos los insultos de los Césares alemanes sin atentar jamas á la dignidad de su diadema, cuando se levantó la grande alma de Inocencio IV contra Federico II, emperador de Alemania. Heredero

(1) Podemos indicar á los que deseen mas amplias aclaraciones sobre esta materia, la lectura de *Parad.* XII, 97. establecimiento de la inquisicion.

este de la casa de Suabia que fué la eterna enemiga de la Santa Sede, juró una paz selemne; y sin embargo, hizo una guerra de cuarenta años. Aun antes de convocar el Concilio universal celebrado en Leon el año 1245, propuso el Papa Inocencio á Federico la penitencia y el perdon. Pasaron dias cortos y serenos sobre la Santa Sede; y el mundo entero admiró al hombre, modelo de la edad media, á quien una pluma tan ejercitada como hábil, ha apellidado *legislador, héroe y santo*.

Como el labrador deja una tierra en barbecho entre dos cosechas; así la Providencia dejaba descansar la Francia entre dos grandes reinados: Felipe el atrevido vivió entre S. Luis y Felipe el Hermoso. Son célebres las contiendas de este último con Bonifacio VIII. La Alemania, la Inglaterra, la España y la Italia estaban divididas lastimosamente de resultas de las disputas que se habian originado acerca del derecho divino de los reyes, las prerogativas de los parlamentos, las reservas con las cuales se concedian los tronos, y los fueros de las ciudades. Los Papas intervenian para terminar las diferencias y disolver las ligas formadas contra los soberanos; pero ciertos grandes vasallos de la corona se habian coligado contra las jurisdicciones eclesiásticas, y se habian manifestado desconfianzas de otra clase en la pragmática sancion. Las dos potestades espiritual y temporal descendieron otra vez á la arena. Dícese que se trataba de la esaccion de un tributo impuesto ó

que se iba á imponer al clero, y de la intrusion de Felipe en la ereccion y administracion de las sillas episcopales. No nos tomaremos la libertad de juzgar todo lo que se hizo entonces. Bástanos responder á la acusacion de intolerancia que se hace á la Iglesia, tomando ocasion del pontificado de Bonifacio.

Si confesamos con gusto que este Papa dotado de una rara energía y de hábitos severos careció tal vez de moderacion, y atropelló por los miramientos, ó se engañó en el conocimiento de aquella época tan diferente del siglo de Gregorio VII; no puede negársele el derecho que estaba de su parte. El Concilio general de Viena declaró que en nada de cuanto habia practicado, se habia hecho culpable de heregía. El Papa dió tambien un decreto en que prevenia que no se pudiese echar jamas en cara al rey ni á sus sucesores lo que habia hecho contra Bonifacio. Así, deseosos nosotros de entrar en las miras de tolerancia del sumo Pontífice Clemente V, no reprocharemos á Felipe el Hermoso el haberse escedido de sus derechos, faltado á las formas, comprometido los intereses públicos y escitado la indignacion universal con los malos tratamientos que hizo sufrir al Papa Bonifacio. Nadie puede negar á éste el derecho que tenia de reclamar unas libertades juradas, de defender unas propiedades adquiridas, y hacer ejecutar unas leyes reconocidas. Despues de estas breves esplicaciones se nos permitirá manifestar que los Papas,

al deponer á los emperadores, obraban tal vez mas bien como protectores de los pueblos, que como gefes de la Iglesia. De manera que por este hecho no hay fundamento para sostener la acriminacion de intolerancia contra el catolicismo. Su bondad no puede degenerar en debilidad, ni perjudicar á la unidad su condescendencia. Favorece al progreso y siempre permanece invariable. El Concilio de Viena, celebrado en el año de 1311 terminó las desavenencias entre la corona de Francia y la tiara, y trató tambien de la órden de los templarios. Parece probado victoriosamente que los caballeros pertenecian á la secta de los maniqueos. Bajo el clima voluptuoso del Oriente y en medio de las costumbres sensuales de los pueblos musulmanes se dice que se dejaron vencer de la seductora, pero triste tentacion del mando, del oro y de los placeres. La abjuracion de las reglas traia consigo la apostasia de las doctrinas. El mundo cristiano quedó aterrado al oír la relacion de todas las acusaciones entabladas contra aquellos religiosos caballeros, que acaso eran culpables de pasiones y de errores nada mas; pero el catolicismo ni podia consentir que se alterasen su fé ni su moral. Se cortó la mano derecha para salvar el corazon y pronunció sentencia de condenacion contra los templarios.

¿Quién ignora el ruido que metió en el mundo católico la abolicion de esta órden? Pero la fé permanecia invariable. Juan Hus, Wiclef, Juan Petit y Gerónimo de Praga se declararon en adelan-

te contra el augusto sacramento de la Eucaristía y la potestad de la Iglesia, y disputaban su doctrina sobre la sumision debida á los príncipes. El Concilio de Constanza los condenó (pero no pronunció sentencia contra ellos) al cruel suplicio que acompañó á la muerte que les impuso el brazo secular (1). Animada la Iglesia de un amor ardiente á la tolerancia y la unidad dió un salvoconducto á los bohemios para tratar de una franca reunion en el Concilio de Basilea, convocado por el Papa Eugenio en el año 1431, y á los ocho se firmó un decreto de union entre los griegos y latinos en el Concilio de Florencia por la activa y constante solicitud de aquel Pontífice.

Sin embargo, el catolicismo no cesaba de impeler al progreso. Los bárbaros habian comenzado por degollar á los clérigos y á los monges, y convertidos al cristianismo se postraron á sus piés y contribuyeron solícitos á la fundacion de los colegios y universidades. La luz venia de dos focos principales, la predicacion y la enseñanza. Los honores y el poder de la cátedra evangélica se aumentaron con la institucion de los religiosos del órden de San-

(1) De este hecho no puede tomarse ocasion para acusar de intolerancia y de crueldad á la Iglesia. La ley de aquellos tiempos era la que habia establecido la pena de diversos géneros de muerte para ciertos crímenes. A los ladrones de la Iglesia les arrancaban los ojos. El vicio que fué la ignominia de la antigüedad, era castigado con la mutilacion en primera ofensa, la pérdida de un miembro en caso de reincidencia, y la hoguera si se cometia por tercera vez. Por un segundo infanticidio era quemada la mujer despues de muerta.

to Domingo, y se multiplicaron los predicadores, semejantes á antorchas agitadas, cuya luz ilumina todos los puntos de un lugar oscuro. Pero la enseñanza residía en las universidades, que la potestad religiosa fundaba en los puntos mas importantes de la cristiandad, como fanales para alumbrar el camino de las inteligencias. El Concilio de Letran habia instituido escuelas gratuitas en todas las Iglesias episcopales, y Bonifacio VIII, en medio de las tempestades que bramaron sobre su cabeza, halló tiempo de fundar en Roma la Sapiencia y unas escuelas célebres en Aviñon. En el reinado de Felipe el Hermoso que instituyó la universidad de Orleans, se vió establecerse el colegio de la reina de Navarra, el del cardenal le Moyne y el de Montaigu, arzobispo de Narbona. Los combates que la Iglesia habia tenido que sostener contra el cisma, la heregía y el despotismo, no habian contribuido poco á sacar de su cubierta grosera á la razon, que debia legarse en herencia á las naciones modernas. El movimiento general de los entendimientos no cesó de ser ascendente desde el siglo XIII. Santo Tomás de Aquino, S. Buenaventura, Alberto, Rogerio Bacon, Henrique de Gante, Hugo de Saint Cher, Alejandro de Hallais, Alano de l'Ylle, Ivo de Triquer, Jacobo de Voragines, Guillermo Duranti, Juan de Dondis, Pedro d' Ailly, Gerson, Juvenal, Pico de la Mirándula, Chartier, Martuel de Anvernia, Francisco Vilon y Roberto Gaguin componen la cadena de aquellos hombres, que nos

traen de los primeros dias de la edad media al tiempo del renacimiento de las letras. Grande fué su celebridad, y el cognomento con que se los distinguió, prueba la admiracion de sus siglos. Alberto fué apellidado el Grande; Santo Tomas de Aquino el Angel de la escuela; S. Buenaventura el doctor seráfico; Rogerio Bacon el doctor admirable; Henrique el Grande el doctor selemne; Henrique de Suza el esplendor de la jurisprudencia; Alejandro de Alais el doctor irrefragable, y Alano de l'Ylle, el doctor universal.

En el siglo XIII fué cuando se halló constituido el movimiento filosófico en la escolástica, que estaba entonces en su apogeo. Santo Tomás de Aquino, que se asemeja en el ingenio á Platon y Mallebranche, y en la claridad y la lógica á Aristóteles y Descartes, resumiendo las obras y los muchos ensayos de dos siglos, produjo esa *Suma* que el nuestro admira todavía. “Esa era, dice un escritor tan virtuoso como erudito (1), la marcha regular, el verdadero movimiento católico, en que la fé y la autoridad encargadas de conservar su depósito, dirigian los nobles esfuerzos de la razon.” Desgraciadamente no tardó en desviarse este movimiento. Sin embargo, no cesaron de fomentarse las letras y las ciencias desde el reinado de Felipe de Valois hasta el fin del de Carlos V, y en los de Carlos VIII, Carlos IX, Enrique III, Luis XIII, Luis XIV, Luis XV,

(1) El presbítero P. S. Blanc.

y Luis XVI. La nobleza y el clero concurrían con admirable celo al acrecentamiento y prosperidad de los colegios y cátedras. Los progresos de la civilización seguían de cerca á los adelantamientos que el esplendor de la fé cristiana daba á la ciencia. El feudo que nació en la época en que los siervos germanos vinieron á romper los grillos de la servidumbre, habia constituido la feudalidad: era la confusión de la propiedad y de la soberanía. Y con todo se dice que la creación de estados nobles en el régimen feudal era una idea política la mas extraordinaria y profunda. Pero en tanto que entre las naciones antiguas derivó el Derecho civil del Derecho político, en Francia este debía derivar del Derecho civil.

Felipe el Hermoso inauguró uno de los siglos mas fecundos en trasformaciones sociales. La libertad religiosa, civil y política dió un paso considerable por la pugna de las dos potestades: conoció la razón de estado, y comenzó la conversión del vasallo en súbdito. Estableció la monarquía de los tres estados; y la monarquía parlamentaria, que hizo despues un papel independiente en tiempo de la Fronda, desapareció en el reinado de Luis XIV, se rompió en el de Luis XV, y restablecida en el de Luis XVI, sirvió para reconstituir los estados generales de 1789. En el reinado de Felipe coincidió el descubrimiento de la brújula con el de la pólvora. Todos los reyes sus sucesores fueron los protectores de las ciencias, de las letras y de las

artes. A la arquitectura griega, lombarda y gótica habia sucedido ya esa arquitectura de ogivas, que fué una conquista de las cruzadas de Felipe Augusto y de S. Luis. Si en tiempo de Felipe V se observaba ya que gustaba de rodearse de poetas y de sábios, nos bastará nombrar el gran siglo de Luis XIV que produjo los Mateos Molé, los de Retz, los Condé y los Turenas, los Racine, los Corneille y los Daguesseau, los Bourdaloue, Massillon, Fénelon y Bossuet. Pero la civilización consiste sobre todo á nuestro juicio en mejorar la multitud purificando sus costumbres; y con mas particularidad bajo estos respetos estendía el catolicismo sus conquistas.

Los bárbaros habian venido á establecerse en medio de la sociedad romana depravada por el lujo, degenerada por la esclavitud y pervertida por la idolatría. Los mismos francos tenían costumbres muy disolutas cuando entraron en las Galias. Así, todos los apetitos de la naturaleza se propagaban sin oposición en el seno de aquellos pueblos, compuestos de las ruinas de otras mil sociedades. En aquella mezcla universal de propiedades, de leyes, de libertad y de servidumbre, de espectáculos incoherentes y de usos contradictorios, el catolicismo solo con sus creencias y solemnidades podia procurar con algun fruto curar la gangrena de los tiempos bárbaros. Estendiéndose cada vez mas, amenazaba invadir todas las edades y todas las condiciones; y no faltó á esta misión civilizadora. Los

Concilios reproducen sin cesar las quejas contra la licencia, y prescriben los remedios que se le han de aplicar. En el reinado de Felipe el Hermoso se convoca espresamente un Concilio para atajar el desenfreno de las costumbres. Cuatro Concilios generales y varios provinciales persiguen la simonía y la molicie hasta dentro del santuario, y penetran en el fondo de los monasterios para restablecer la disciplina. Una constitucion con que Bonifacio VIII honró su pontificado, prohibia *con justísima razon* el abuso de las censuras á los jueces eclesiásticos. En otras disposiciones legislativas se desplegaba la mayor severidad contra el robo, la usura y el adulterio. No se mostró S. Bernardo mas indulgente con los vicios de su siglo. Sin embargo, parecia que debía renacer la virtud de las multiplicadas reformas que se hacian en las costumbres. Estas eran mas puras y suaves á medida que se propagaba el culto de la Virgen María, sancionado con divina sancion por las maravillas que se obraron en la colina de Loreto. Los religiosos de San Francisco y de la Merced habian manifestado al mundo cuántos beneficios sabe derramar la religion sobre el infortunio para aliviarle.

¿Quién podria enumerar todos los triunfadores pacíficos de los vicios y de las pasiones que el catolicismo ha producido desde entonces, todos los sagrados órdenes que la Providencia ha suscitado cada uno con una mision que parece siempre análoga á las urgentes necesidades de su siglo, todos

los sacrificios que hacian palpar á unos corazones ardientes de amor para socorrer á sus hermanos, tantas lágrimas enjugadas y tantos dolores aliviados! “Las sociedades humanas, decia un grande hombre (1), nacen, viven y mueren sobre la tierra: allí se cumple su destino; pero no contienen al hombre todo entero. Despues que se ha alistado en la sociedad, le queda la parte mas noble de sí mismo, esas elevadas facultades, por las cuales se levanta á Dios, á una vida futura, á unos bienes desconocidos en un mundo invisible. Nosotros, personas individuales é idénticas, verdaderos seres dotados de la inmortalidad, tenemos otro destino que los estados.” Y esto es lo que el catolicismo ha comprendido tan bien. Sus esfuerzos han sido siempre convergentes, tanto hácia el bien espiritual de cada individuo, como hácia su fin comun. Las religiones de la antigüedad, todas nacionales, se adherian á la ecsistencia de una sociedad que se creia indestructible: parecian hechas para el estado, no para el hombre. Al contrario el catolicismo descubriendo en cada hombre una imagen de la Divinidad, le atribuye un valor personal independiente de su valor social, y cree que para conducirlo al cumplimiento de su destino, no está de mas reunir todas las fuerzas del culto y de la doctrina. Así es que por un magnífico conjunto de medios de institu-

(1) El señor Royer Collard sobre el proyecto de ley relativo al sacrilegio.